

MÉRITOS ESCRITURÍSTICOS

DEL BEATO ROBERTO BELARMINO, S. J.

ACTUALIDAD DEL
PRESENTE ARTÍCULO

1. El 17 de septiembre de 1621 murió en Roma, en el noviciado de San Andrés, de la Compañía de Jesús, el Cardenal Roberto Belarmino. El que entonces fué sepultado envuelto en la roja púrpura del Cardenal, acababa de aparecer sobre los altares, ceñida su frente por el Vicario de Cristo con la aureola del Beato.

Noble por su cuna, religioso en su vida, ilustre como Cardenal, y, sobre todo, heroico en la práctica de una virtud cristiana siempre constante, a veces eximia, se había señalado tanto en la Iglesia, que su causa de beatificación se introdujo a los pocos años de su muerte (1). Sin embargo, surgieron dificultades de índole bien diversa y dos veces fué abandonada, a pesar de la célebre frase de Clemente X: «Hay muchos santos en el cielo sin tantos méritos como este Cardenal» (2).

2. ¿Cuáles fueron las causas que retrasaron una beatificación tan a raíz misma de la muerte del siervo de Dios pedida? No vamos a exponerlas, pues no es el objeto de este trabajo (3). Contentémonos con hacer notar, sin afirmarlo ni negarlo, que ha habido quienes han pensado que precisamente sus trabajos escriturísticos han sido el principal obstáculo para su beatificación. Así leemos, por ejemplo, en el *Kirchenlexikon*, artículo *Bellarminus*: «Es probable que el principal motivo que impidió [su elevación al honor de los altares], fué el prefacio que añadió a la edición cle-

(1) La causa de Belarmino se introdujo el 15 de enero de 1627, a los cinco años y cuatro meses de su muerte.

(2) «Multos sanctos consecratos non ita mereri in caelis quemadmodum Card. Bellarminus.» Sebast. Badum.—«Mantissa altera ad Card. Bellarmini laudes», p. 2.

(3) Quien quiera conocer las causas verdaderas que en diversas ocasiones retardaron este proceso, lea la disertación del P. Dudon en «Romana Beatificationis V. R. B., Emin. Card. A. Gasquet relatore. Romae, 1920.»

mentina de la Vulgata, en el que dice que las faltas de la Biblia de Sixto V no son más que de la impresión, y las palabras que puso al frente de la edición clementina, dando a entender que iba publicada y corregida por orden de Sixto» (1). Sin ponernos a discutir la verdad de este aserto, creemos de todos modos que ante la actualidad de su glorificación en la Iglesia, no será inoportuno que depositemos a los pies del nuevo Beato, como corona de recuerdos, y aun tal vez de desagravios, el recuento sencillo de sus méritos escriturísticos.

3. No es, ciertamente, como todo el mundo sabe, la gloria más saliente del ilustre Cardenal su valer como escritorista; Belarmino sobresale, más que nada, como adalid victorioso en las luchas dogmáticas contra el protestantismo; como que sus magníficas controversias le han merecido el nombre de *martillo de los herejes*, que le dió Benedicto XIV (2). Su formación bíblica y sus trabajos de interpretación son hijos principalmente de las circunstancias, de la necesidad del momento; de suerte que debemos empezar declarando que nunca se consagró de lleno al estudio exclusivo, especialista, de los libros sagrados. De donde inferiremos lo que hubiera podido llegar a ser en el campo de la exégesis, el que en solos sus ocios piadosos logró adquirir renombre tan universalmente reconocido.

FORMACIÓN Y PREPARACIÓN ESCRITURÍSTICA DE BELARMINO

4. Pero antes de entrar en la materia directa de este trabajo nos parece indispensable detenernos a decir unas palabras acerca de su formación para los estudios bíblicos; de lo que pudiéramos llamar su preparación remota, el fundamento y base de sus trabajos escriturísticos.

Por de pronto, nadie puede ser digno escritorista sin estar bien cimentado en el conocimiento de las tres lenguas: latín, griego y hebreo. Ahora bien, el latín lo dominó desde su infancia, de manera que sus versos virgilianos arrancaron aplausos más de una vez. Más tarde, humanista consu-

(1) Y véase lo que ha llegado a decir el abate Tourmel: «Para salvar la responsabilidad del Papa... Belarmino inventó una piadosa mentira, que luego le costó bien caro; puesto que por ella perdió su proceso de canonización.» *Revue du Clergé Français*, 1 déc. 1904.

(2) Animad. Benedicti XIV in causam V. R. Bellarm.

mado, fué llevado a Lovaina como predicador latino, fácil y elegante (1), y aun en su vejez salió vencedor en un torneo latino celebrado ante Clemente VIII, mereciendo aquellos sus victoriosos versos la honra de ser incluidos en el breviario (2).

5. En cuanto al griego y al hebreo, es de interés conocer lo que, hablando en tercera persona, dice de sí mismo en su autobiografía: «Para el adelantamiento en los estudios le ayudó la necesidad de enseñar lo que no había aprendido, y la cualidad de su ingenio, no sutil y levantado, pero acomodaticio y fácil para la adquisición de todas las ciencias... Se vió obligado a explicar las letras griegas... y forzado por la necesidad aprendió el griego, y [años después] el hebreo» (3). En griego su formación debió ser perfecta; comenzó a explicarlo en Mondoví cuando escasamente conocía el alfabeto, porque figuraba su nombre en el catálogo del colegio frente a la clase de griego. Sus progresos fueron tales que, como escribió más tarde, pudo leer a sus discípulos, no sólo a Demóstenes, sino también a Isócrates y otros libros (4).

6. Al estudio del hebreo le llevó el deseo de ver con precisión los sentidos de la Sagrada Escritura (5). En Lovaina y a los veintiocho años de su edad, escuchó de Juan Willems, el llamado comúnmente Harlemio, algunas explicaciones de iniciación en esa lengua, y luego Belarmino fué progresando con mayor o menor esfuerzo. Harlemio le enseñó el alefeto y le dió a conocer algunos rudimentos de gramática; pero tan escasos debieron ser, que bien podía escribir en carta al P. Juan Arnoux (6): «Cum essem junior Lovanii linguam hebraicam etiam sine magistro didici.» Allí compuso primero para su uso privado, y luego sacó a luz una gramática hebrea, en método (como él dice) más fácil que el que tenían los rabinos (7). No creemos que sus progresos en esta lengua fueran sobresalientes, y ni lo debió pretender, pues indica en su autobiografía que la aprendió en cuanto es suficiente para un teólogo. Sin embargo, es innegable que dió nuevo impulso a los estudios hebraicos, y hasta fundó en Lovaina una academia en la que se juntaban los socios para ejercitarse en su estu-

(1) Autobiogr. [XXIV].

(2) Ibid. [V].

(3) Ibid. Appendix [XLII].

(4) Ibid. [X].

(5) Ibid. [XIX].

(6) Carta fechada el 6 de julio de 1621. «Epistol. fam. 184».

(7) Autob. [XIX].

dio (1). Por eso, cuando Gregorio Mayer publicó sus *Institutiones linguae hebraicae*, recordaba al Cardenal, como grata y halagadora memoria, el entusiasmo extraordinario, *permirum discendi ardorem*, que supo infundir en el ánimo de sus discípulos (2).

7. Grande debió ser siempre su afición a los estudios bíblicos, cuando en medio de sus predicaciones y clases de Lovaina halló tiempo para ir anotando por sí mismo una biblia, que hasta hace poco se conservaba en la biblioteca de la Universidad (3). Entonces comenzaron a preocuparle varios problemas de escritura, que en parte resolvió más tarde en sus tratados *de Verbo Dei*. Esta preocupación se manifiesta en una carta dirigida el 1 de abril de 1575 al Cardenal Sirleto (4) en la cual le pide instantemente su parecer acerca de estas cuatro cuestiones: 1) autoridad de la Vulgata según el Concilio de Trento; 2) integridad de los textos hebreo y griego; 3) origen de la versión de los setenta; 4) canonicidad de los siete últimos capítulos del libro de Ester. No sabemos cuál fuera el parecer del ilustre cardenal consultado: el de Belarmino apareció claramente, cuando unos años después daba a la imprenta estas cuatro cuestiones, tres de ellas idénticas a las anteriores: 1) «ostenditur editionem hebraicam Moysis et prophetarum nunquam periisse; 2) num hebraica editio sit corrupta; 3) de interpretatione LXX seniorum; 4) de auctoritate vulgatae editionis» (5).

8. Así pues el conocimiento de las lenguas requeridas para el estudio de la exégesis era en él más que suficiente; su afición a la escritura, constante y asidua; como por otra parte su renombre de teólogo estaba muy acreditado, más acrediado tal vez que el de cualquier otro de aquel siglo, puesto que Clemente VIII pudo decir poco después en pleno consistorio: «Hunc elegimus [cardinalem], quia non habet parem in Ecclesia Dei quoad doctrinam»; los superiores de la Compañía le nombraron revisor de los escritos de Salmerón, que acababa de terminar su comentario del Nuevo Testamento. Era por entonces Belarmino rector del colegio romano, y se trasladó a Nápoles, donde se corregía la edición. Con ingenua sencillez cuenta él mismo las escenas que allí se repetían con frecuencia entre el viejo

(1) Autob. [XIX].

(2) En la dedicatoria de sus «*Instit. Ling. hebr.*» Augsburgo, 1616.

(3) Véase «*Le V. Card. Bellarmin.*».—Couderc., t.^o II, p. 141, donde se hallará la descripción que hace de esta biblia el P. C. Sommervogel.

(4) Véase esta carta en Le Bachelet, S. J. «*Belarmin avant son cardinalat*», n. 67, pg. 90.

(5) L. 1, c. 7, 1. 2, c. 1. c. 2, c. 6, c. 10.

teólogo del Tridentino y el sabio rector del colegio romano. Cada día, al atardecer, le traía éste anotados los errores que descubría, ya en citas equivocadas de autores, ya en opiniones nuevas, ya en la explicación no recta de la Escritura. Era frecuente y hasta ordinario que, rebelado el pundonor del veterano, surgiera una discusión acalorada; pero al amanecer del día siguiente, con la nueva aurora renacía la paz, y prevalecía la opinión del corrector, que pudo escribir más tarde estas sinceras palabras: *Ni fallor, multum ei profuit ea recognitio* (1).

PRINCIPALES MÉRITOS ESCRITURÍSTICOS DE BELARMINO.
Su actuación en la edición Sixto-Clementina de la Vulgata.

9. Pero el principal mérito escriturístico de Belarmino es, tal vez, su intervención en la edición de la Vulgata Sixto-Clementina. Con eso llegó a ser el alma de una empresa intensamente deseada por la Iglesia y ordenada con apremiantes palabras por el Concilio Tridentino (2), apareciendo en la escena de aquella acción o hazaña verdaderamente gigantesca, precisamente en uno de los momentos más críticos de su interesantísimo desarrollo.

Tres papas le habían consagrado sus esfuerzos, aunque sin resultado definitivo: Pío IV, San Pío V, Gregorio XIII. Ultimamente Sixto V, a poco de subir al solio de San Pedro, había concentrado en ella toda la pasmosa actividad de su carácter enérgico y emprendedor, trabajando por medio de una comisión íntimamente ligada a su persona; y, finalmente, convencido de la importancia de la obra, revisó y corrigió la edición toda por sí mismo y a pesar de las protestas del cardenal Carafa, por sí solo. Tal vez pensó, no sin razón, que era una hazaña digna de un pontífice; por lo que la llevó a cabo con aplicación más ardiente que la dedicada a cualquier otra de sus empresas (3). El quinto año de su pontificado (1590) apareció la edición llamada de Sixto V. Realmente los ánimos estaban muy predispuestos; pero la impresión que en todos causó fué desastrosa. Ni se lo

(1) Autob. Appendix [XLIII].

(2) Conc. Trid., sess. IV Decretum de editione et usu Sacrorum Librorum.

(3) Die Vulgata Sixtina, von 1590.—Baumgarten.

graba con ella en modo alguno el intento apetecido de dar un texto definitivo, porque habiéndose deslizado algunas erratas, se notaban en varias ediciones correcciones hechas a pluma, raspaduras y aun papelitos engomados sobrepuestos (1). En resumen: la obra de Sixto tuvo acogida muy poco halagüeña, y hasta se acusaba al pontífice de que no había respetado lo bastante el texto de la Vulgata, adoptando por el contrario modificaciones poco justificadas.

Suspendamos la emisión de nuestro juicio en un asunto tan debatido; mas para oír el formulado por Belarmino acerca de la intervención sixtina en aquella edición, en la que, ausente de Roma, no había tenido parte alguna nuestro Beato (2). Ese juicio y opinión los manifestó más tarde a Clemente VIII, cuando al tratar de disuadirle de que quisiera dilucidar por sí solo la debatida contienda de la gracia eficaz, le proponía como escarmiento el peligro a que expuso Sixto V a toda la Iglesia: *Novit Beatitudo Vestra, cui se totamque Ecclesiam discrimini commiserit Sixtus V, dum juxta propriae doctrinae sensus Sacrorum Bibliorum emendationem aggressus est. Nec satis scio an gravius unquam periculum occurrerit* (3). El peligro, en efecto, fué grave; y bien se echó de ver su gravedad en el escaso favor con que fueron acogidos los primeros ejemplares de la edición. Afectó todo ello hondamente al Pontífice, quien se vió forzado a ceder por el momento, a pesar de su tenacidad en tantas ocasiones inquebrantable, y se resolvió a hacer una nueva edición *sin los inconvenientes de la precedente*. Pero la hora de Dios se interpuso, y falleció antes de ejecutar su pensamiento.

10. Esta era la ocasión elegida por la Providencia para hacer entrar en escena a Belarmino. Llegaba en el momento crítico en que el texto jeronimiano de los libros sagrados era, más que nada, blanco y centro de las burlas del protestantismo.

¿Será exageración decir, con Le Bachelet (4), que Belarmino fué el alma de la nueva comisión establecida a la muerte de Sixto V? Hace unos años, cuando aun no se conocían todos los documentos que dan luz acerca de este punto, había autores que colocaban a Belarmino en un lugar se-

(1) Véase Cornely.—Introd. ad Script., t. 1, n. 179 (1894).

(2) De Oct. de 1589 a Oct. de 1590 Belarmino formó parte de la comitiva de Gaetani, Legado pontificio en Francia.

(3) Epist. Card. Bellarm. in Hist. Congr. de Auxiliis, auct. Aug. Le Blanc., l. II, c. XXVI, col. 325-328.

(4) En el art. Bellarm. del dict. de th. cathol.—A. Vacant.

cundario, o a lo menos dudaban de la gran importancia de su colaboración; hoy parece que puede y debe afirmarse que su colaboración fué primaria, eficaz y decisiva. De hecho, es innegable que las indicaciones de Belarmino se siguieron una por una. El fué quien pidió a Clemente VIII que se recobraran a expensas del tesoro pontificio las biblias sixtinas que aun quedaran esparcidas. El autor de las controversias aconsejó también que se resguardara en lo posible la memoria de Sixto, corrigiendo su Biblia en vez de prohibirla públicamente. A su indicación se reimprimió en 1592 con el nombre de Sixto V. Las otras proposiciones de Belarmino referentes a las notas marginales y permisión de futuras ediciones, se convirtieron en disposiciones papales. Sólo en un punto insignificante no logró imponer su idea: en el de que se debía permitir anotar las variantes al margen. En todos los otros puntos se siguió a la letra su deseo (1). Finalmente, el hecho de haber sido él el encargado de redactar el prefacio, hecho que Belarmino afirma expresamente en su autobiografía, ¿no sería, sin más argumento, prueba suficiente del importante lugar que ocupó en la comisión restauradora?

11. Esta intervención nos parece de tanta trascendencia, que bien merece que traslademos de su autobiografía la narración que de ella hace Belarmino (2): «Anno 1591, cum Gregorius XIV cogitaret quid agendum esset de bibliis a Sixto V editis, in quibus erant permulta perperam mutata, non deerant viri graves qui censerent, ea biblia esse publice prohibenda. Sed N. coram Pontifice demonstravit, non esse biblia illa prohibenda, sed esse ita corrigenda, ut salvo honore Sixti Pontificis, biblia illa emendata prodirent. Quod fieret si quam celerrime tollerentur, quae male mutata erant, et biblia recuderentur sub nomine ejusdem Sixti, et addita praefatione qua significaretur, in prima editione Sixti, prae festinatione, irripisse aliqua errata vel typographorum vel aliorum... Placuit consilium N. Gregorio Pontifici, et jussit ut congregatio fieret ad recognoscenda celeriter biblia sixtina et revocanda ad ordinaria biblia, praesertim Lovanien-sia. Id factum est Zagarolae in domo Cardinalis Marci Antonii Columnae, praesentibus Cardinali ipso Columnensi, et Alano Cardinali Anglo, nec non Magistro Sacri Palatii, ipso N. et aliis tribus vel quatuor; et post obi-

(1) Todos los documentos relativos a estas afirmaciones los hallará el lector en la obra «Bellarm. et la Bibl. Sixto-Clem.», del P. X. M. Le Ba-chelet.

(2) Autob. [XXIX].

tum Gregorii et Innocentii, Clemens VIII edidit biblia recognita sub nomine Sixti cum praefatione, quam idem N. composuit.»

12. Esto escribe Belarmino, y así fué en efecto. La edición sixtina había colocado a los sucesores de Sixto V en la perentoria necesidad de otra nueva edición más crítica y correcta, que forzosamente se imponía. Por eso fué constante preocupación de Gregorio XIV la restauración de la biblia sixtina. Al principio confió este encargo a la Congregación del Índice; pero la revisión se hacía con extrema lentitud. Belarmino presentó entonces al Papa una memoria *de ratione servanda in Bibliis corrigendis*; proponía que se escogieran unos pocos individuos encargados de ejecutarla rápidamente. Su consejo fué seguido, y la comisión, compuesta de dos cardenales y varios teólogos, de los cuales los principales eran Agellio y Belarmino, terminó el trabajo en 19 días. Pero otra vez se retrasó su publicación, pues antes de un mes moría el Sumo Pontífice, y su inmediato sucesor, Inocencio X, sólo cifió la tiara durante dos meses. En enero de 1592 fué elegido Clemente VIII, y por fin, zanjadas las últimas dificultades, apareció la Biblia a fines de aquel año. Conforme a los consejos de Belarmino, no era la única obligatoria, y las ediciones latinas más antiguas podían seguir vendiéndose sin trabas.

13. De la revisión definitiva y de vigilar la materialidad de la edición estuvieron encargados Toledo y Angel Roca. Belarmino, como alma de todas las iniciativas de la comisión, pensó y redactó un prefacio, que debió llamar en Roma la atención por su prudencia. Tanto es así, que el 22 de diciembre el embajador español, duque de Sesa, anunciaba al Rey, su Señor, que la edición se había terminado, y le enviaba una copia del prefacio, añadiendo que había sido «hecho con gran consideración». Este prefacio, que entonces fué causa de admiración y mereció no pocas alabanzas, ha sido más tarde para otros piedra de escándalo al comparar algunas de sus frases con las que el mismo Belarmino escribió en su autobiografía (1). En el prefacio, documento público, parece echar toda la culpa de los errores de la edición anterior a la imprenta, *preli vitio*; en su vida, escrito privado y amistoso, es indudable que además de reconocer que se

(1) Escrito nuestro artículo, ha llegado a nuestras manos una interesante obra italiana «Il Beato Roberto Bellarmino. Esame delle nuove accuse contro la sua santità... Roma, 1923»; en el examen de la acusación quinta, nn. 1 y 2, páginas 151-163, puede leerse breve y clarísimamente expuesta y refutada la acusación de mentiroso, lanzada contra nuestro Beato por dos frases que escribió en el prefacio de la edición Sixto-Clementina.

encuentran algunas erratas, *aliqua errata typographorum*, se acusa a los que intervinieron, de descuido, *errata typographorum vel ALIORUM; multa perperam mutata*. Hagamos notar, ante todo, que no se culpa a ninguna persona determinada, y menos al Papa, como han pretendido algunos. Ni son propiamente afirmaciones contrarias las del prefacio y la de la autobiografía: en el prefacio se dice la verdad, aunque no toda. En un escrito destinado a la Iglesia, ¿a qué conducía el desacreditar a los correctores de la edición sixtina? ¿Hubiera sido prudente? En cambio, en unas páginas redactadas a instancias de un amigo íntimo y destinadas por lo mismo a permanecer ocultas, ¿qué inconveniente había en formular una idea de todos conocida? Por lo mismo, con razón advirtió el Cardenal Cavalchini que Belarmino escribió el prefacio dirigido por la modestia y la caridad; «ut modestiore quoad posset minusque invidiosa loquendi formula uteretur, ubi necessitas non exposcebat apertius ac liberius loqui». También extrañan algunos el título que encabeza la edición clementina: «jussu Sixti V recognita atque edita» (1). Mas ¿por qué no creer lo que Belarmino dice en el prefacio: «Sixto V, notando que se habían deslizado no pocas erratas de imprenta en la biblia y parecían reclamar una nueva edición, pensó que era necesario emprender la reimpresión de toda la obra, y así lo decretó: «totum opus sub incudem revocandum censuit atque decrevit?» (2).

14. Pero nos parece hallar en el fondo de este asunto algo más que una simple reicencia y un silencio recatado. Sixto V había honrado con su confianza y hasta con su amistad al gran teólogo controversista; luego, por una cuestión doctrinal, que iba en contra del parecer privado del Papa y que había aparecido en los tomos de controversias, le mostró aversión y le retiró su confianza. Sixto [V], dice el mismo Belarmino, por aquella proposición que niega el dominio directo del Papa sobre todo el mundo, estaba ofendido, y hasta mandó poner los libros de controversia en el índice «donec corrigerentur» (3). Aunque tales desvíos no podían menos de herir la delicadeza del Cardenal, tuvo virtud más que suficiente para

(1) El nombre de Clemente VIII no se añadió hasta 1604.

(2) Acerca del propósito que Sixto V tuvo de rehacer su biblia, Angel Rocca, O. S. A., secretario de la comisión gregorio-clementina, habla como Belarmino, ya en su «Index theologicus et scripturalis» (Opera, II, p. 10); ya en una nota autógrafa, puesta al frente de una biblia sixtina, que se conserva en la biblioteca angélica.

(3) Autob. [XXII] y [XXIX].

llevarlos con paciencia; y cuando el éxito poco feliz de las biblias de Sixto, le podían ofrecer ocasión de vengarse, culpando al Papa, su noble caballerosidad, mejor dicho, su eximia virtud, no lo consintió. Sabía que el Pontífice difunto había querido que aquella revisión llevara su nombre, que había aspirado a que fuera la gloria de su pontificado; y amigo fiel, aunque desdeñado o menos apreciado, vindicaba con santa constancia y leal desinterés los derechos y la buena memoria del enérgico Pontífice.

15. Tal es la parte que tocó a Belarmino en la célebre cuestión de la Vulgata Sixto-Clementina. Estaba entonces en todo el vigor de sus fuerzas y talento. Pensarás, tal vez, que hemos dado excesivo relieve a la actuación del gran teólogo. Mas conste que no nos ha inducido a esto la pretensión vulgar y demasiado común de dar importancia al personaje que se estudia. Hallamos que sus indicaciones fueron seguidas a la letra. No sabemos de ningún otro que supiera imponer en tanto grado su pensamiento. Por eso creemos firmemente que Belarmino por su prestigio, su eficacia y su actividad, fué el alma de la edición Sixto-Clementina de la biblia.

16. ¿Limitanse a solo este hecho los méritos escriturísticos de Belarmino? De ninguna manera.

SU COMENTARIO
DE LOS SALMOS

Ya anciano, en 1611, dió a luz el comentario de los salmos. Desde su juventud debió encontrar en esas poesías sagradas un deleite singular; tanto que, estando en Padua, el entusiasmo que suscitó en sus oyentes al exponer el salmo *Qui habitat* fué tan notable, que el Padre general se vió precisado a prolongar su estancia, a pesar del vivo deseo que tenía de trasladarlo a la Universidad de Lovaina (1). En Roma, aprovechando los ratos hurtados al descanso, fué ultimando esta obra que salió editada en la misma ciudad, y dedicada al entonces reinante papa Paulo V. En momentos de ocio y de descanso escribió el anciano Cardenal este comentario, hallando en ello distracción a sus trabajos y fatigas. Era de esos hombres privilegiados, nacidos para el estudio, a quienes para dar descanso a su mente fatigada les basta con variar de ocupación.

El mismo da cuenta al Obispo de Erbípoli del espiritual placer con que

(1) Autob. [XV].

había llevado a cabo esta obra. «La explicación de los salmos que acabo de publicar, no ha sido para mí un trabajo, sino una dulce consolación. No encuentro nada más agradable, sobre todo en la edad avanzada a que he llegado, que gozar algunos momentos de reposo en el silencio de la noche, no ocupándome sino de Dios, pensando que el Señor es nuestro Dios. Y bien puede uno estar seguro de gustar estas delicias, si medita los salmos de David.»

17. Pocas eran las horas de que podía disponer en medio de sus ocupaciones. Pero el deseo de conservar el fervor de espíritu le brindó tiempo para dar esa satisfacción a su alma. «Horas illas, quibus a publica functione vacabam, ac praesertim nocturnae quietis tempora, in meditatione Davidicorum himnorum non sine animi voluptate ac utilitate consumpsi. Et quamvis toto triennio, quo Capuae archiepiscopus fui et Romae postea in scribendis variis opusculis occupatus, integris saepe mensibus opus inchoatum intermiserim, tandem tamen psalmorum explanationem ad exitum, Domino adjuvante, perduxí» (1).

No fué su propósito amontonar en una todas las explicaciones de sus predecesores y contemporáneos, ni desentrañar libros y consideraciones ajenas; sino, siguiendo la claridad y brevedad, defender según sus fuerzas la vulgata latina, y dar al mismo tiempo espiritual refección a su alma.

18. Y esa es la razón por qué este comentario ha sido siempre tan apreciado, bajo el punto de vista de la piedad. Comentario notable, en que el corazón no ha tenido menos parte que el entendimiento, exhala un perfume de piedad y unción que se alfa felizmente con la inteligencia del texto seria y profunda.—Es preferible, dice Hefele, a la mayor parte de los comentarios posteriores.—Según Vigouroux, es tan útil para el sentido literal, como para el místico y ascético. El P. Rodolfo Cornely, en su introducción a la Sagrada Escritura, va enumerando los comentaristas del siglo XVI y hace desfilar los nombres de Augusto Justiniano, que trasladó al cristianismo los progresos del trabajo judío; Sánchez Pagnino, con su *Catena Aurea*; Jaime Pérez de Valencia; Agustín Steuchus Eugubinus; Francisco Titelman; el Cardenal Cayetano; recuerda los 30 comentaristas que cita Hurter en su *Nomenclator*; celebra la memoria del encomiado Gilberto Genebrardo y de Cornelio Jansenio, gandavense, seguidor del texto hebreo; pero luego hace alto, para juzgar exprofeso y simultáneamente a los tres intérpretes, que en la exposición del Salterio forzosamente deben ir juntos.

(1) Carta que acompaña a la primera edición.

«A todos estos, dice, les llevan ventaja los tres intérpretes más recientes: Antonio Agellio, Roberto Belarmino, Simón de Muis, cuyas obras se completan mutuamente... Belarmino, sin descuidar el sentido literal, añade explicaciones alegóricas y tropológicas, expone los salmos con mayor piedad.» Y en otra parte: «Ha merecido alabanza con su egregio comentario de los Salmos».

19. Mas al tratar de criticar esta obra del Cardenal comentarista, no podemos omitir el juicio de Ricardo Simón en su historia crítica del Antiguo Testamento: «El método que el Cardenal Belarmino ha seguido en su comentario de los salmos, es bueno y digno de él. Examina el texto original hebreo, y luego las dos versiones antiguas autorizadas por la Iglesia. Con todo, no es bastante crítico; parece que no supo más que medianamente la lengua hebrea, por lo que se equivoca algunas veces. Como escribió después de Genebrardo, tomó de él la mayor parte de lo que se refiere a la gramática y a la crítica, cambiando solamente algunas cosas. Hay pasajes que podía haber explicado más a la letra y conforme al sentido histórico, aunque parece más bien que no lo ha querido hacer, a fin de que su comentario fuera más útil a los fieles.» Así es; y bien clara y explícitamente dice Belarmino en su carta a Paulo V que «quiere seguir y defender la Vulgata»; no iba, por tanto, a introducir nuevas lecciones. Y es manifiesto que no era la ocasión más propicia para modificar el texto latino de los salmos según el original hebreo un tiempo en que estaba fresca la memoria de las dificultades nacidas con ocasión de la reforma de la Vulgata.

20. Pero, ¿a qué andar buscando pareceres ajenos, cuando tenemos a mano la crítica que de su propia labor hizo el mismo Belarmino? «Creo haber explicado todos los salmos con bastante lucidez, si bien no a todos les he dado el mismo desarrollo, y quizá no falten algunos a quienes los primeros les parezcan tratados con mucha brevedad y aridez, y otros con más abundancia y amplitud; pero no siempre me asistió la misma devoción espiritual, ni la misma presteza de la mente. Fuera de que he compuesto este tratado de los salmos más con mi propia meditación que con la mucha lectura de los libros.»

21. No tenemos inconveniente alguno en reconocer la parte o partes deficientes de este libro de nuestro Beato: no hace el debido uso del texto hebreo, y menos de las distintas versiones orientales, que tanta luz y tan preciosa pudieran proporcionar; concede, en cambio, excesivo valor al texto latino, y exagera la autoridad de los 70 en más de una ocasión; de ambos defectos nace el tercero, de no poder ofrecer al lector un texto que pue-

da aparecer como fruto de un estudio crítico y de una científica fijación del mismo.

Pero aun esas mismas deficiencias, y otras que tal vez se pudieran señalar, no le hacen desmerecer el singular honor que un eminente escriturista de nuestros tiempos le ha concedido, al formar con nuestro autor, a una con Agellio y De Muis, la gloriosa terna de los tres comentaristas más célebres que en la edad de oro de la exégesis católica ilustraron con mayor éxito el libro de los salmos. El haber ocupado puesto tan elevado entre los comentaristas del salterio en época en que tan alto rayaban las dotes y producciones escriturísticas de autores de primer orden, es pura gloria belarminiana, gloria que directa e indirectamente se la han confirmado los siglos, desde su muerte hasta nuestros días transcurridos. Directamente, traduciendo su comentario de los salmos al inglés, al árabe, francés e italiano, y haciendo de la obra original más de treinta reimpresiones; indirectamente, porque a pesar del número sin número de comentarios de los salmos, que después de Belarmino se han publicado, cuantos comparan su obra con otras similares, encuentran en él un *algo* especial que en ningún autor se encuentra. Su abundante y escogidísima erudición bíblica, su base teológica sobria y sólida, su tendencia ascética de tanta unción y naturalidad, bien compensan las deficiencias antes notadas, y hacen que el libro siga siendo, aun en nuestros días, lo que al salir de la pluma de su piadoso y docto autor: un comentario breve y claro del texto latino de los salmos, en el que los clérigos, obligados al rezo del Oficio divino, hallarán, sin duda alguna, sólido manjar de piedad y devoción. Precisamente, de Belarmino acá se ha ido exagerando cada vez más entre los comentaristas, aun católicos, la tendencia de dar en sus comentarios especialísima importancia a la parte crítica y meramente literaria del texto, y poca o ninguna a la ascética, teológica y mística; tendencia deplorable, que a más de un escriturista hemos oído deplorar con razón, y que tal vez no tenga mejor remedio que el de familiarizarnos más y más con los autores de la edad de oro de la exégesis católica; entre esos autores bien merece aparecer nuestro Beato, aunque no hubiera tenido otros méritos escriturísticos que el comentario de que venimos hablando. No es ese el único, como acabamos de ver, ni será difícil enumerar otros más.

OTROS MÉRITOS ESCRITURÍSTICOS DE BELARMINO.—*Obras especialmente relacionadas con la Biblia; conocimientos escriturísticos manifestados en obras de diverso género.*

22. Como no hacemos una nota bibliográfica, no enumeramos varias monografías y relaciones suyas presentadas a las comisiones bíblicas. Pero recordemos la primera obra suya que salió a luz, la *Institutio linguae hebraicae* (cfr. n. 6), las cuestiones bíblicas antes citadas (n. 7), y la preciosa obrita que en el ocaso de su vida fué fruto de su devoción y bálsamo para los dolores de la agonía, el tan sólido cuanto piadoso comentario a las siete palabras del Señor en la Cruz.

23. Repetidas veces se complace en citar su gramática hebrea, y sabemos que oía con agrado a quien le recordaba su memoria. ¿Qué extraña afición tenía a aquella primogénita entre sus obras? Tal vez era el sereno placer del autodidacto que recordaba sus primeros y definitivos esfuerzos en la adquisición del idioma de los libros santos; como que cada página señalaba un avance en su propia y solitaria formación hebrea. Aca-so era la legítima complacencia del profesor que con su libro había logrado infundir en sus discípulos el aliento y la esperanza de penetrar en la temerosa oscuridad de una lengua divina y misteriosa. En este particular es notable el pacto que hizo con uno de sus discípulos, a quien se comprometió a enseñar, y enseñó de hecho, en sólo una semana, a traducir el hebreo con ayuda de diccionario, triunfo que animó a muchos y excitó emulación saludable entre sus alumnos. Quizá era el recuerdo halagador de lo que a su parecer constituía un progreso en el estudio del hebreo, como parece indicarlo claramente aquella frase con que juzga su libro: está escrito «en método más fácil que el de los rabinos». Para apreciar lo que, de ser exacta, significaría esta frase, bástenos recordar que desde el siglo XII hasta el XVII las gramáticas hebreas formaban una impenetrable selva y su estudio se hacía cada vez más imposible; eran indigestos centones de reglas, excepciones y observaciones minuciosas; hasta se llegó a creer ser privilegio concedido a muy pocos el poder penetrar en los secretos y difficilísimos *cánones* del hebreo; eso prescindiendo de las cavilaciones cabalísticas, que pretendían descubrir mil simbólicas y arcanas significaciones en cada una de las consonantes del alefato. Gramática hebrea se decía *diquduq*, es decir, trituration, desmenuzamiento; y aunque todo el mundo ve la exactitud de

esta idea referida al método analítico; entonces, por desgracia, más bien debía referirse al discípulo, que quedaba destrozado y como molido con tanto detalle y minuciosidad.

Las *Instituciones* comprendían dos partes: la analogía y la sintaxis, y fueron repetidas veces editadas. Añadiéronseles en ediciones posteriores un ejercicio sobre el salmo 23 y un diccionario. García Blanco las juzga acremente; mas otros, atendiendo a su mérito relativo, sin dejar de reconocer que en este punto se ha progresado notablemente, por lo que esta gramática ha quedado anticuada, se sienten obligados a reconocer su valor, aunque secundario. Y de todas maneras siempre será menester reconocer que reanimó, si no inició, los estudios hebraicos entre la juventud estudiantil lovaniense.

24. El comentario a las siete palabras es un tratado ascético escriturístico en el que, comenzando por la exposición del sentido literal de cada palabra, ofrece luego al lector diversas aplicaciones y frutos espirituales que de su consideración se deducen. A decir verdad, difícil es encontrar reflexiones más piadosas y sentidas sobre el doloroso testamento del Señor. «Hasta Belarmino—dice el que escribió el prólogo a la edición castellana (1)—, sólo vemos afectuosas *consideraciones* sobre las siete palabras del Señor, un *compendio* de preciosísimas y sublimes enseñanzas, y un *libro* donde pudiéramos meditar y estudiar cuál debe ser la vida, cuáles las obras del verdadero cristiano. Nada de esto falta en nuestro autor, y hay mucho más en su incomparable opúsculo. En él se aprende a morir bien, que es lo que importa; en él se abre paso a paso el camino que nos dirige al término de una buena muerte: la imitación de Cristo, el cumplimiento de las virtudes que nos predica en la cruz, su naturaleza de ellas, el modo de practicarlas y los inconvenientes que han de evitarse para llegar a su consecución».

Si a lo dicho hasta ahora se añade el partido tan grande que en sus obras todas (dogmáticas, de controversia y de ascética) supo sacar de sus ricos conocimientos escriturísticos, se tendrá una idea del cúmulo de conocimientos con que en el cielo de las ciencias bíblicas aparece adornado nuestro Beato.

(1) Madrid, 1880.

CONCLUSIÓN

25. Antes de terminar vamos a proponer esta última reflexión. La gloria de Belarmino son, ciertamente, sus tratados de controversia; su nombre, puesto al frente de ellas, fué para muchos protestantes el seudónimo de todo un ejército lanzado al ataque: esfuerzo, amenazas, armas, guerras, todo eso creyeron algunos que significaba Roberto Belarmino, buscando ridículamente la significación y etimología latinas de su nombre: Roberto, *robur*; Belarmino, *bella, arma, minae*. Gran gloria para un guerrero valer ante el enemigo por todo un ejército en campaña. Pero si su buena formación en la Escritura hizo que fuera elegido para la cátedra de controversia, como opina Couderc y G. Desjardins (1), de no haber estado en ella bien formado, quizá nunca hubiera regentado una cátedra contra los protestantes, que sólo reconocían autoridad en la palabra de Dios escrita. Luchador y guerrero, su gloria son sus controversias; esas son las armas con que luchó por la Iglesia. Mas esas armas las templó en las claras aguas de la Escritura, en la fuente de la sabiduría, que es la palabra de Dios.

Fons sapientiae, Verbum Dei.

JUAN DE URRIZA.

(1) *Études*, t. 59, p. 680.

